

La revista dirigida por Enrique Krauze inaugura el año con un número en cuya portada aparece un cangrejo que lleva el título “Crustáceo latinoamericano”. En la descripción de la figura se lee: “Cangrejo de movimientos retrógrados. Dícese popularmente que impide el progreso de sus congéneres”, en alusión a la simbología decimonónica sobre la facción conservadora. Como no podía ser menos, este medio cultural entró a la palestra con objeto de discutir un tema álgido y de moda: la aparente imposibilidad de Latinoamérica para aprovechar las oportunidades abiertas por la globalización, en detrimento de su posición económica mundial y del logro de una mejor calidad de vida para sus habitantes. Ello en comparación con países y continentes que sí están dando la batalla de la competitividad y del aprovechamiento de las nuevas tecnologías y oportunidades, como Asia, con el gigante chino a la cabeza, o en el Viejo Continente, a través de la creciente inserción de los otrora países de la órbita soviética en el nuevo orden, como Polonia o la República Checa, amén del ejemplo irlandés, hoy por hoy uno de los países más exitosos del mismo.

En cambio, América Latina sigue dando la espalda al futuro, empeñada en reciclar modelos políticos y económicos que son cosa del pasado. Más esta situación no sólo es el resultado de la resistencia al cambio, o de la ceguera de las elites dirigentes, sino el hecho de que las recetas neoliberales del Consenso de Washington -implantadas con fe de cruzado en muchos de nuestros países- no mejoraron las variables económicas, ni aliviaron el atraso y la pobreza. Al contrario, terminaron por empeorar las condiciones de vida de muchos de ellos, incluso de aquellos otrora prósperos e importantes, como Argentina. Sin obviar, por supuesto, las fallas estructurales que arrastramos

secularmente, como la corrupción, el corporativismo, la debilidad institucional, la desigualdad social, la impunidad propiciada por el sistema judicial, la falta de consenso entre las elites, por mencionar algunas.

Este número de *Letras Libres* contiene colaboraciones de Mario Vargas Llosa, como lo hace usualmente, pero en esta ocasión aparece en conversación con el director acerca de “La fragilidad democrática en América Latina”. En ésta se problematiza el que, como nunca antes en el subcontinente, contamos con regímenes democráticos, legítimamente electos pero, a la vez, acechan los fantasmas del caudillismo, populismo, indigenismo, entre otros “ismos” anacrónicos que dan cuenta de todo lo que falta por hacer para lograr un desarrollo integral. Se argumenta el ejemplo de España, que logró erigir un modelo “de democracia, de modernización, de prosperidad, de coexistencia en la legalidad” (p. 18), cuando hace cuatro o cinco décadas era un país con niveles de subdesarrollo superiores a los de México. Pero en la Madre Patria se apostó por la conciliación política después de la muerte del general Francisco Franco, y se aprovecharon las bases económicas, modernizadas durante la larga dictadura del Caudillo; y el ingreso a la Comunidad Europea fue clave para aprovechar las oportunidades que esta opción representó.

Por su parte, David Rieff escribe sobre la influencia del Che Guevara en los últimos sucesos políticos en Bolivia, donde se eligió a Evo Morales para que diera un vuelco a la deprimida situación de ese país sudamericano. Pero el ex líder cocalero, seducido por los dólares y la labia del redivivo Libertador, el presidente venezolano Hugo Chávez, se aprestó a nacionalizar los recursos energéticos y a ofrecer la revancha que la empobrecida mayoría indígena de su país está esperando. La opción de izquierda se extiende por América del Sur bajo el patrocinio del viejo Fidel, quien desde su isla caribeña pontifica sobre las bondades del socialismo y emplaza al enemigo histórico a su próximo fin.

Carlos Granés escribe sobre la fascinación que la Latinoamérica revolucionaria ejerce sobre los satisfechos habitantes del mundo

desarrollado, ansiosos por conocer y ser partícipes de una aventura en el folclorizado Tercer Mundo que los lleve a creer en un nuevo paradigma civilizatorio, lejos de las aberraciones provocadas por la modernización y el avance tecnológico. Pero lo cierto es que, en nuestra América, “La inseguridad, la falta de respeto por la vida, el verdadero capitalismo salvaje (secuestro, narcotráfico, venta de órganos, trata de blancas), la inestabilidad política, el despotismo del más fuerte, el clientelismo, la pobreza, la ausencia de libertades y un largo etcétera, representan la otra cara del vergel edénico aún no mancillado por la modernidad” (p. 36). Es más, lo que queremos los latinoamericanos, según Granés, es la vida aburrida de los habitantes del Primer Mundo: “y desearía(n) que las transformaciones sociales y culturales que abrieron el rumbo de Europa y Estados Unidos hacia la tolerancia, el desarrollo, la libertad y la justicia se reprodujeran a lo largo y ancho de su continente” (*Ibid*). Granés aboga por el desenmascaramiento de las utopías revolucionarias y la necesidad de ver la realidad sin prejuicios ideológicos o, peor aún, teñidos por el romanticismo que evoca el “buen salvaje” de Rousseau. Un buen ejemplo de ello es la simpatía que despertó en Europa el *Subcomandante Marcos*, quien erigió una cortina mediática muy bien elaborada para encubrir su amor a las candilejas y la utilización de los desamparados indígenas chiapanecos para lograr sus objetivos.

El ensayo “Kirchner furioso”, de Marcos Aguinis, analiza la biografía y la personalidad del presidente argentino, quien se ha aliado a sus homólogos Hugo Chávez, Lula da Silva y Evo Morales en el desafío a la abortada iniciativa de las Américas enarbolada por el presidente George W. Bush. El gobierno estadounidense, entrampado en las arenas del desierto iraquí y en su lucha contra el terrorismo, ha considerado que América Latina no es una prioridad urgente, al menos por el momento. Gracias a ello han podido prosperar las tentativas de integración en el Sur del continente, pero las rencillas y escollos a superar no han dejado de darse, como se ve por las disputas suscitadas entre los mismos socios, como ha pasado con Bolivia y Brasil a raíz de la nacionalización de los hidrocarburos, o con Argentina y Brasil,

superado ya el dilema sobre quién tiene la hegemonía regional. Pero el futuro está abierto, como apunta el autor arriba citado: “Kirchner merece ser considerado un político hábil, pero carente de la madera que caracteriza a un estadista. Ojalá y no se convierta en otro fracaso, porque ya tuvimos muchos y cada uno deja una dolorosa cicatriz” (p. 40).

Para finalizar el *dossier* sobre el tema latinoamericano y dar paso a los artículos y ensayos misceláneos sobre literatura, novedades editoriales y tópicos de arte consuetudinarios de la revista, tenemos la entrevista que el periodista Jorge Fernández Menéndez le realizó a Andrés Oppenheimer, autor del libro *Cuentos chinos. El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, que ha alborotado el ambiente intelectual mexicano, tan proclive a lo “políticamente correcto”, por las tesis que presenta, calificadas como heréticas. La principal “parece ser relativamente simple: la capacidad de desarrollo de un país se basa en la certidumbre jurídica y la seguridad, y se sintetiza en una frase: no hay gobiernos de derecha, centro o izquierda, sino países que atraen los capitales y países que los ahuyentan” (p. 42). A partir de esta premisa se hace un recorrido por las experiencias y vivencias tenidas por el autor en sus periplos por diferentes partes del mundo, los que le sirvieron de contexto para analizar la realidad de nuestros países. Chile es el que sale mejor librado, tanto por sus esfuerzos en pos de la disminución de la pobreza como por su fortaleza institucional y su privilegiada posición en casi todos los parámetros exigidos por los organismos multilaterales. En otras palabras, es una nación enfilada hacia el desarrollo de la mano de una clase política responsable, pragmática y realista que ha sabido conciliar y negociar. En contraposición, Venezuela es un país que no cuenta más que con petróleo, único producto que puede ofrecer en el comercio mundial; así, es comprensible que su presidente se de el lujo de criticar el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Pero México, Brasil o Argentina viven de la exportación de muchísimos productos, “y tener un acceso preferencial a los mercados más grandes del mundo es clave”. Latinoamérica tiene que impulsar la educación

para preparar el capital humano que hará frente a los desafíos de la globalización, y dejar de apostar a la certidumbre de que sus materias primas le aseguran un mejor futuro: “Los recursos naturales, lejos de ser una bendición son una maldición, porque convierten a los países en tontos”. Los países más ricos son países que casi no tienen estos recursos: Luxemburgo, Suiza, Japón, Taiwán. Lo que tenemos que hacer es dejar de creer en cuentos chinos, y “avanzar y vender productos cada vez más complejos, que generen más empleos e ingresos” (p. 44). Otro mito muy arraigado en la región es el papel predominante del Estado, pero su función es poner la casa en orden para que el capital interno y externo se arriesgue a invertir en actividades productivas. Oppenheimer no cree en mesianismos ni en actos de redención de carácter estatal, sino en la necesidad de crear un ambiente de certidumbre jurídica y de seguridad patrimonial para el buen éxito de los negocios. Afirma que es obvio que la prioridad del coloso del norte no son sus vecinos del traspatio, a los que mira desde una óptica negativa: el narcotráfico, la inmigración ilegal, la violencia fronteriza, el terrorismo; esta oportunidad debe ser aprovechada para sentar las bases de una Latinoamérica democrática, desarrollada, pacífica y próspera, aunque los augurios, una vez más, no son los mejores. Lo que realmente sucederá parece ir en el sentido de la formación de un gran bloque comercial entre Norteamérica (incluidos México y Centroamérica), Colombia y Chile, mientras Brasil preside en América del Sur una forzada integración con sus vecinos hispanohablantes. Sin embargo, lo que sí se puede afirmar sin pretensiones de profeta es que, una vez más, la pretendida grandeza latinoamericana imaginada por Simón Bolívar esperará tiempos mejores.

Felicitas López Portillo y Tostado
Centro Coordinador y Difusor de Estudios
Latinoamericanos. UNAM

